

## PASO QUINTO.

## PUÑALADAS.

¿Sabeis quien muerte le diera?  
—Mi mano y mi obligacion.  
LOPE DE VEGA.



Con las dagas levantadas  
Y en furia y en rabia ardiendo,  
Les dejamos en un cuarto  
Al vil doctor y á don Pedro.

Luz en el sofá tendida  
Con temor y sin aliento,  
Acometerse les mira  
Con pujanza y en silencio.

Don Pedro como una fiera  
Corre sobre el otro, ciego;  
Pero el doctor que le observa,  
Huye á cada golpe el cuerpo.

Y al mismo tiempo aprovecha  
Los favorables momentos,  
Para á su vez ofenderle,  
Poniéndole en grave riesgo.

Don Pedro ruje de furia  
La atroz resistencia viendo,  
Y quiere acabar de un golpe  
Con enemigo tán diestro.

Pero el doctor, que le observa  
Con mas calma y mas sosiego,  
Al verle ir sobre él, da un brinco,  
Y huye, y le acomete luego.

Hora y media hace que luchan  
Sin ventaja y en silencio,  
Aunque los dos véense heridos  
En varias partes del cuerpo.

La fuerza se halla de parte  
Del impávido don Pedro;  
Pero de la del doctor  
La lijereza en el riesgo.

Tan pronto se ve su daga  
Amagando el ancho pecho  
Del contrario, como se halla  
Por la espalda acometiendo.

Tan pronto le amaga al brazo  
Como se dirige al cuello;  
Y tan pronto le acomete,  
Como se retira luego.

Mas los dos están rendidos  
Y causados en extremo,  
Y el doctor al fin se ve  
Obligado á esperar quieto.

Entonces juzgó su triunfo  
Ya conseguido don Pedro,  
Y precipitóse airado  
Una blasfemia diciendo.

Pero el doctor quitó el golpe  
Con el su brazo siniestro,  
Y con el otro hirió fuerte  
A su contrario en el pecho.

Rujió como feroz tigre,  
Al verse herido, don Pedro,  
Y echando espuma de rabia,  
Sobre el doctor fuese ciego.

El cual no esperando verse  
Acometido tan presto,  
No se pudo defender  
De su adversario tremendo.

Y enterrado por tres veces  
Sintió el puñal en su pecho,  
Que con fuerza y prontitud  
Le dió los golpes don Pedro.

Cayó el doctor ecshalando  
Un ¡ay! de muerte, en el suelo,  
Y en su sangre revolcándose  
Quedó herido, si no muerto.

Desató á Luz al instante  
Sin detenerse don Pedro,  
Y la hizo que le siguiera,  
Y de la casa salieron.

Los aliados de la casa,  
Que ruido alguno no oyeron,  
A los dos salir dejaron  
Sin tener ningun recelo.

—Ya estais libre, Luz hermosa,  
De vuestro tirano fiero:  
Dijo don Pedro á la hermosa  
Que le seguia en silencio.

—A vos muy mas que la vida,  
Contestó la jóven, debo;  
Pues me habeis salvado la honra,  
Sin la cual hubiera muerto. —

Y sin saber quién el hombre  
Es que la salvó del riesgo,  
Ni pensar que quiere de ella,  
De él va asida, sin recelo.

Y así cruzan varias calles  
Mas bien que aprisa, corriendo,  
Sin hablar otra palabra,  
Y sin calma dentro el pecho.

Pero junto á una patrulla  
Al pasar así lijeros,  
Les mandaron hacer alto,  
Y los dos se detuvieron.

—¿Adónde vais de esa suerte  
Y á tales horas corriendo?...  
Les dijo de la patrulla,  
Al parecer, el sarjento .

—A nuestra casa si os place  
Vamos en este momento;  
Don Pedro le contestó,  
Sorprendido y aun con miedo .

Notó su turbacion mucha  
El militar nada lego;  
Y con detencion á verle  
Se puso ya y con recelo.

Iba cubierto de sangre  
Por su desgracia don Pedro,  
Y de un farol á la luz  
Las manchas le descubrieron.

—Este hombre es un asesino,  
Porque de sangre está lleno:  
Dijo el sarjento: mi alferéz  
Venid á reconocerlo.

Y el alferéz se acercó;  
Y al ecsaminarle atento,  
Vió sus heridas y sangre,  
Y en desórden su cabello.

—Amarrad á este hombre al punto,  
Sin tener piedad, Mamerto;  
Y de don Lúcas y vos  
Vaya esta mujer en medio.

Y al agarrarla del brazo  
Y mirar su rostro anjélico,  
El alferéz, sorprendido,  
Esclamó: ¡Luz! ¡ah!... qué veol...

— ¡Luis!... admirada también  
Dijo la joven. ¡Oh! el cielo  
Me libra de mis tiranos  
Que me han perseguido ha tiempo.

— ¿Tus tiranos!... ¿Quiénes son?...  
¡Ah!... tú, sumida en el cieno  
Has existido entre el crimen,  
Despreciando mi amor tierno.

— ¡Yo en el crimen!... ¡ah! no ultrajes  
A quien ni un solo momento  
Te ha olvidado!... A quien la muerte  
Prefirió por tí, sin miedo.

A la mujer que ha un instante  
Maniatada y sin aliento,  
Iba del hombre á ser víctima  
Que la robó hace algun tiempo.

¡Ah!... mi Luis!... si tú supieras  
Cuantos horribles tormentos  
Desde la noche he sufrido,  
En que del techo paterno,

Me arrancaron, por mi mal,  
Aquellos hombres perversos,  
Que de tí me separaron  
A pesar de mis esfuerzos!...

Mas compasión me tendrías...  
Entonces contra tu pecho  
A esta infeliz estrecharas  
Que no te olvidó un momento.

— ¿Pues qué motivo á la casa  
Te condujo, do, no es sueño,  
Te ví entre viles mujeres  
Que viven sin fé y sin freno?...

— ¡Ah!... yo me miré arrastrada  
Por ese doctor perverso,  
Que no pudiendo vencerme,  
Buscó de humillarme el medio.

Él me condujo... él á allá...  
Mas te juro por el cielo,  
Que guardé mi virtud siempre...  
Que no hay en mí un borron feo.

— ¿Es posible, hermosa mía?...  
¡Ah!... todo ya lo comprendo...  
Por eso él me hizo que fuera  
A verte por mi tormento...

— ¡Él!... — Sí. — Feliz, feliz soy...  
¡Oh!... ya respira mi pecho;  
Pues á mí que ibas por otra  
Creer, desdichada, me hicieron...

Pero haz que suelten á ese hombre:  
Haz que le suelten te ruego;  
Pues él me ha salvado ahora  
Del doctor que yace muerto.

—¡Ha muerto el doctor!...—Sí; ese hombre  
Obligado ha estado á ello,  
Pues los dos han combatido  
Cara á cara y cuerpo á cuerpo.

—Pero ¿quién es?...—Yo lo ignoro:  
Me salvó sin conocerlo.

—Tal vez otro como él:  
Dijo don Luis al momento.

—No importa: yo te suplico  
Que le des buen tratamiento:  
Pues si no por él, ahora  
Llorara yo sin consuelo.

No sé por qué; pero mi alma  
Le ha cobrado algun afecto,  
Y por su suerte, Luis mio,  
Infinito me intereso.—

Una mirada ternísima  
De amor y agradecimiento,  
Dirigió á la jóven pura  
El aflijido don Pedro.

Y algunas brillantes lágrimas  
Por su rostro descendieron...  
Lágrimas de bendicion...  
Lágrimas de amor paterno....

—Por complacerte, Luz mia  
Sus ligaduras le suelto;  
Pero es preciso que venga  
Siempre con nosotros preso.

Y mandó que le soltaran  
A sus leales compañeros,  
Los cuales, sin replicar,  
La su orden obedecieron.

“Ahora es preciso que á casa  
De ese vil doctor marchemos,  
Añadió Luis, pues preciso  
Es se aclare este misterio.”

Y á la casa del doctor  
Al punto se dirijieron,  
A paso precipitado  
Sin detenerse un momento.

A ella al llegar fuertes golpes  
A la gruesa puerta dieron;  
Y al ver que era una patrulla  
De nacionales, la abrieron.

Un hombre que en tal instante  
Pasaba en su capa envuelto,  
A la patrulla se unió,  
Y á la casa entró sereno.

Nadie se cuidaba de él,  
En tanto que él muy atento,  
Observaba, recatándose,  
Al desgraciado don Pedro.

Por fin la patrulla al cuarto  
Entró, do el doctor muriendo,  
Cercado de los aliados,  
Se encontraba y casi yerto.

El doctor fijó los ojos  
Moribundos, con anhelo,  
En las personas que entraban  
Tal ruido terrible haciendo.

Y al reconocer á Luz  
Y á su enemigo don Pedro,  
Un grito dió de placer  
Y de horror al mismo tiempo.

Don Luis entonces entrando  
De los aliados en medio,  
Se acercó al doctor que, pálido,  
Se revolcaba en el suelo.

—¡Doctor! le dijo el alfez  
Sin detenerse un momento:  
¿Le conoceis á este hombre?...—  
Y le señaló á don Pedro.

—Sí; es un infame cual yo,  
Y el que me hirió hace un momento:  
El raptor de la hija bella  
De Landía .. un vil perverso...

El caudillo de los hombres  
De corazones mas negros....—  
Y aquí el doctor declaró  
De Guzman todos los hechos.

Al oír tales palabras  
El embozado, fué, ciego,  
Hácia el matador, y dijo  
Ya su rostro descubriendo.

—¡Ah!... ¿dónde está... dónde, Carmen?...  
¿La mujer que es mi contento?...  
—¡Don Carlos!... dijo admirado  
Y aterrado al fin don Pedro.

Al escuchar aquel nombre  
Los ojos ya casi muertos,  
Fijó el doctor en don Carlos,  
Y así prosiguió diciendo.

—Mira ahí al vengador  
De Carmen; al que ahora el cielo,  
Te envia para que impunes  
No queden tus actos fieros.

Don Luis, añadió despues,  
Ya con moribundo acento:  
Voy á morir, y es preciso  
Decir mi crimen borrendo.

Yo amé á Luz: yo la arranqué,  
Guiado por el infierno,  
De la casa paternal,  
Cuando íbais á ser su dueño.

Yo la llevé á la mansion  
Del crimen y el vicio luego,  
Porque no pude vencer  
La alta virtud de su pecho.

Yo en fin quise deshonrarla;  
Pero todos mis esfuerzos  
Siempre inútiles han sido,  
Y sin mancha á vos ha vuelto.

Vos sois feliz, pues don Luis;  
Luz es un ángel del cielo....  
¡Ojalá que á Carmen bella  
La haya salvado el Eterno!....

—¡Ah!.. ¿dónde está... dónde está?...  
Dijo Cárlos con empeño,  
Y con afan indecible  
Amenazando á don Pedro.

¿Dónde está...?—No sé.—Que miente.  
Dijo el doctor con esfuerzo:  
La tiene presa en su casa...  
La verdad digo... y... yo... muero...!!—

Al oír esta palabra  
Todos guardaron silencio;  
Y el doctor quedó sin vida,  
Y con espantable fiero.

El alférez que de Cárlos  
Fuera amigo en otro tiempo,  
Corrió entonces á abrazarle  
Que no habia qué hacer viendo.

—¿Ya de vuelta?—Sí; don Luis.  
—Infinito lo celebro.  
—Gracias; pero haced que al punto  
A mi Carmen la salvemos.

Sí; porque á la pobre un siglo  
Se le hará cada momento,  
Que es un siglo cada instante  
Al que jime sin consuelo.

—Teneis razon. Y mandando  
Que condujeran al muerto  
Presto á la Diputacion,  
El se marchó con el resto.—

Iba Luz de Luis al lado  
Llena de dicha y contento,  
En tanto que cabizbajo  
Y abatido iba don Pedro.

Parecia que el valor  
Huyó de su fuerte pecho  
Desde el instante que vióse  
Entre aquellos hombres preso.

Solo una cosa robaba  
A Luz parte del contento:  
El ver triste al hombre aquel  
Que la libertó del riesgo.

Aquel hombre que fijaba  
En ella sus ojos tiernos,  
No como un amante impuro,  
Sino cual padre sincero.

Y por cuya faz corrian,  
Por algun triste recuerdo,  
Algunas lágrimas puras:  
Lágrimas de sentimiento.

Así á la casa llegaron  
Del que conducian preso,  
Y en cuanto abrieron la puerta,  
A la habitacion subieron.

En el zaguan dos soldados  
Que cuidaran se pusieron,  
Y para evitar saliera  
De la casa algun doméstico.

Sorprendidos los aliados  
Quedaron, viendo á don Pedro  
Conducido de tal suerte.  
Y perdidos tambien ellos.

—¿Dónde está Carmen?...—Seguidme:  
Dijo al punto el prisionero,  
Y les condujo á la estancia  
Do estaba aquel ángel bello.

Carmen que triste esperaba  
La atroz muerte por momentos,  
Al oir ruido en la puerta  
Alzó una súplica al cielo.

Y cuando ver esperaba  
A un verdugo horrible y fiero,  
Se vió en los brazos del hombre  
Que era su gloria y consuelo.

En los brazos de aquel Cárlos  
Que era solo el dulce objeto,  
Que estaba en su corazón,  
Y en su vivo pensamiento.

Imposible pintar fuera  
Esta escena de contento,  
Ni las palabras tan tiernas  
Que los dos se dirijieron.

Las preguntas que uno y otro  
En un instante se hicieron:  
Ni sus quejas amorosas,  
Ni sus muchos juramentos,

¡Ah!... fué aquel un dulce instante:  
El mas dulce que en el suelo  
Gozar al hombre le es dado....  
Comparable á un bien del cielo.

Solo el que ha amado y el que ama,  
Como se amaban aquellos,  
Podrá formar una idea  
De lo que gozar debieron.

Libre Carmen del impío  
Y fementido don Pedro,  
Conducida fué por Cárlos  
A su casa en el momento.

A su casa do Landía  
Al verla, corrió á su encuentro,  
Y á su hija abrazando amante,  
La cubrió de ardientes besos.

Donde doña Ana mil lágrimas  
De felicidad vertiendo,  
La daba el nombre de *hija*  
Y la estrechaba á su seno.

Don Pedro y los sus criados  
Fueron al instante presos  
A la Acordada; y á parte  
Se le colocó al primero.

—Don Luis, dijo este al alfez:  
Que hablar á esa jóven tengo,  
Y revelarla ahora mismo  
De su ecsistencia un misterio.

—¡Un misterio!... contestó  
El alfez sin sosiego.  
¿Cuál puede ser?...—A ella sola  
Yo descubrirselo debo.

—Es imposible.—Pues bien,  
A vos descubriros puedo,  
Porque vais á ser su esposo,  
Lo que deciros ya debo.

Y aquí le contó su vida,  
Sus amores y tormentos,  
Y como era Luz su hija,  
Y como llegó á saberlo.

Quedó don Luis sorprendido  
Al saber aquel secreto,  
Y sintió cierto cariño  
Por aquel hombre perverso.

Y tendiéndole la mano,  
Díjole con tierno acento:  
Sois el padre de mi amada  
Y como á tal os respeto.

Perdonadme si me he visto  
Obligado, sin saberlo,  
A cumplir mi obligacion  
Trayéndoos á aquí preso.

— Perdonado estais don Luis:  
Sois un jóven que yo aprecio;  
Luz será con vos dichosa,  
Porque es un ángel del cielo.

¡Ah!... no la digais jamas  
Que es su padre este perverso,  
Este hombre vil cuya vida  
Horrorizara su pecho.

No: mejor es evitarla  
Este terrible tormento,  
Y el rubor que la causara  
Tan oscuro nacimiento.

— Acertado me parece  
Vuestro último pensamiento,  
Dijo don Luis: su alegría  
Ya para nada turbemos.

Y despues de despedirse  
Los dos con muestras de afecto,  
Don Luis se alejó de allí  
A Guzman dejando preso.



## PASO SESTO.

## MADRE E HIJA.

Querida de mis padres cual ninguna  
Crecí feliz en mi primera edad.

G. GUTIERREZ.



A la mañana siguiente,  
Cuando Mamerto á su casa  
Se dirigió, entró primero  
Al cuarto de su adorada.

La cual al mirarle entrar,  
Alegre y vertiendo lágrimas,  
Le asió del brazo y llevóle  
Frente de una mujer pálida.

—Mira, Mamerto, á mi madre:  
Mi madre, á quien la desgracia,  
Como á mí, la ha perseguido  
En este mundo de infamias.

—¡Tu madre!...—Sí; anoche el cielo  
La encaminó hácia esta casa,  
Para que feliz con ella  
Viva ya sin temer nada.

—Pero ¿cómo?...—Y Luisa entonces  
Le contó la historia larga  
De la infelice Matilde,  
Que era la que allí se hallaba.

Quedó el jóven admirado  
Y conmovido en el alma,  
Cuando de contar la historia  
Acabó su Luisa amada.

Y despues de un breve instante  
En que silencio guardara,  
Dijo con acento blando  
A la hermosa estas palabras.

—“El cielo, Luisa querida,  
De premiar sin duda trata  
Los trabajos y tormentos  
Que habeis sufrido y desgracias.

Pues hoy que una madre os vuelve  
Para quererla y cuidarla,  
Tambien os vuelve una amiga  
Que adorais con toda el alma.

—¿Hablais de Luz?...—Sí; hablo de ella;  
Que cautiva y encerrada  
La tenia un vil doctor  
Que ciego la idolatraba.

—¡Ah!... ¿dónde está?... ¿dónde está?...  
Matilde exclamó con ansia,  
Alzándose de su asiento:  
¿Do está la hija de mi alma?...

—¡Vuestra hija!... dijo Mamerto.  
—Sí: exclamó Luisa: es mi hermana!...  
Es mi hermana, y sin saberlo  
Tanto yo la idolatraba.

¡Ah!... Mamerto... por piedad,  
Si sabeis dónde se halla,  
Haced que venga al instante  
A su madre á ver y hermana.

—Voy corriendo: dijo el jóven.  
Y sin detenerse nada,  
Salió corriendo del cuarto,  
Y de don Luis fué á la casa.

## PASO SEPTIMO.

### PATRIOTISMO.

Empéñase la lid: la muerte alada  
En uno y otro bando se detiene.  
R. RUBÍ.

Han pasado algunos dias  
Desde la noche en que el cielo,  
Libertó á Carmen y á Luz  
De sus raptos perversos.

Han pasado muchos dias,  
Y tambien muchos sucesos,  
Aunque de interes ninguno  
Para los misterios nuestros.